



Sultan Suleiman le Législateur.

El Sultan Suleiman, el legislador.

se distinguirá igualmente por acciones brillantes y virtudes guerreras. — ¡ Ah! replicó Selim, vertiendo lágrimas, si Allah me hubiese acordado un reinado tan largo, habría igualado al rey Salomón (*Suleiman*). »

A pesar de las quejas fundadas que la historia hace á Selim, no podría negarse sin injusticia sus brillantes cualidades y las grandes cosas que ejecutó durante un reinado de nueve años. En aquel corto espacio de tiempo, venció al schach de Persia, destruyó la dinastía de los mamelucos, conquistó el Egipto, la Siria, la Mesopotamia y la Armenia. A estos títulos merece el elogio que el célebre juez Kemal-Bajá-Zadé, en una elejía sobre la muerte de aquel monarca, ha exprimido por una bella comparacion, familiar entre los poetas orientales: « Él ha hecho en poco tiempo grandes cosas, y sus laureles han cubierto la tierra con su sombra. El sol poniente se acerca á su objeto, la sombra que proyecta es inmensa, pero de corta duracion. »

CAPITULO XII.

SULTAN-SULEIMAN-KHAN I, POR SOBRENOMBRE EL KANUNI (EL LEJISLADOR), HIJO DE SULTAN-SELIM I.

Existen en la historia algunas épocas privilegiadas en que la naturaleza, tan avara por lo comun de grandes hombres, parece complacerse en prodigarlos. Bajo este aspecto, no hay período comparable con el siglo diez y seis de nuestra era, durante el cual reinaron en Francia, Francisco I, el rey caballeresco, el restaurador de las letras; en España, su feliz rival, Carlos V; en Inglaterra, Henrique VIII, el reformador despótico; y en el trono pontifical, el papa Leon X, aquel ilustre protector de las artes y de las ciencias que renacian bajo su pacífica influencia, mientras que el czar Vasili-Iwanowitch preparaba en Rusia las grandezas futuras de aquel vasto imperio; que Sijismundo I, en un largo reinado de cuarenta años, consolidaba el poderío de la Polonia, y que en Oriente el fundador de la di-

nastía de los Sefs, Cháh-Ismañ, y el mas ilustre de los Grandes Mogoles, Cháh-Ekber, rivalizaban en gloria con Sultan-Suleiman, que hasta los historiadores cristianos han llamado el Grande y el Magnífico. El príncipe que elevó el imperio de Osman al mas alto grado de poderío, que hizo personalmente trece campañas, que tomó á Rodas á los caballeros de Jerusalem, conquistó Belgrado, sometió el Chirwan, la Jeorjia, echó los fundamentos de una marina imperial, y coronó todos sus brillantes trabajos con la promulgacion de un código que ha gobernado durante tanto tiempo la nacion otomana, y por la construccion de monumentos de arquitectura justamente admirados, merece, por todos estos títulos, la fama que se reúne á su memoria. Sultan-Suleiman, además de su mérito real, atestiguado por las grandes cosas que ejecutó durante un reinado de cuarenta y ocho años, tenia á los ojos de los musulmanes supersticiosos, la triple ventaja de haber nacido al principio de un siglo (900-1494), lo mismo que Osman, el jefe de su dinastía; de llevar el nombre de Suleiman ó Salomón, príncipe-profeta por el cual tienen los Orientales la mayor veneracion, y de ser el décimo sultan otomano. El número diez está considerado entre aquellos pueblos como el mas perfecto; establecen su superioridad en diferentes razones tan estravagantes y pueriles las unas como las otras. Así es que el advenimiento de Sultan-Suleiman escitó el mas grande entusiasmo entre sus súbditos; creyeron ver en él un favorito del cielo, y el prestigio que le rodeaba á sus ojos, los preparó á las maravillas que ilustraron su reinado, y que le valieron por parte de su pueblo, además del sobrenombre de *Lejislador* (Kanouni), el de *Dominador de su siglo* (Sahyb-Kyran).

Luego que Suleiman hubo recibido en Magnesia el mensaje de Piri-Bajá, que le anunciaba la muerte de Sultan-Selim, partió á toda prisa, y llegó el 16 chewwal 926 (20 de setiembre de 1520) al nuevo serrallo. Al dia siguiente se celebró la cere-

monia del besamanos, y la de la inhumacion del cuerpo del último sultan. Suleiman, vestido de negro, siguió á pié el féretro, llevado por los bajás, hasta la colina que dominaba el palacio del patriarca griego. Una mezquita, un medrecé y una escuela, erijidas por las órdenes de Sultan-Suleiman, designaron el paraje donde fueron depositados los restos mortales de Sultan-Selim. Al tercer dia, recibieron los jenizaros el regalo del advenimiento; se hicieron diversas promociones entre los jefes que habian seguido Suleiman á Magnesia, y su preceptor Kazim-Bajá fué nombrado visir.

Los primeros actos de Sultan-Suleiman fueron rasgos de elemencia ó de justicia: seiscientos prisioneros ejipcios recibieron su libertad; los negociantes de sedas cuyos jéneros habian sido embargados por orden de Selim, fueron indemnizados con una distribucion de un millon de aspros; silihdares culpables de algunos desórdenes fueron castigados con la pena de muerte; un agá fué destituido; y el capudan Dja'fer-Bey, muy célebre por su crueldad, fué procesado y condenado á la horca. De este modo puso el sultan en práctica aquellos dos versículos del Alcoran: «Dios ordena la justicia y la beneficencia. Pronuncia con justicia entre dos hombres, y no sigas tu gusto.»

Algunos dias despues, Sultan-Suleiman anunciaba su advenimiento al khan de Crimea, al cherif de la Meca, á Khair-Bai, gobernador del Egipto, y á los demás gobernadores de Europa y Asia. Djanberdi-Ghazali, que mandaba en Siria, fué el único que se negó á prestar homenaje al nuevo sultan. El antiguo emir mameluco, despues de haber vendido al penúltimo monarca ejipcio Kan-su-Ghawri, habia recibido de Sultan-Selim el gobierno de la Siria; la muerte de aquel príncipe le pareció una ocasion favorable para sacudir el yugo otomano: trató al mismo tiempo de arrastrar á la sublevacion á los Druzos, á los Arabes y al gobernador de Egipto. Khair-Bai le aconsejó apoderarse de Alepo y de toda la Siria, y envia al sultan la carta de Gha-

zali. Avanza este último con veinte mil hombres, y sitia á Alepo. Mandaba en él Karadja-Bajá: su vigorosa resistencia da á Ferhad-Bajá el tiempo suficiente para socorrer aquella plaza, de donde Ghazali se vió forzado á alejarse. Vuelve á Damasco, convida á un gran festin á la guarnicion, compuesta de cinco mil jenizaros, y temiendo ser vendido, la hace matar á toda. Encaminase en seguida al encuentro de las tropas otomanas mandadas por Ferhad-Bajá y Chehsuwar-Oghlou: empéñase el combate el 17 safer 927 (27 de enero de 1521) en la plaza Mastabé; queda vencido el rebelde, y paga con su cabeza su desobediencia. Despues de aquella victoria nombra gobernador de Alepo á Aias-Bajá, beilerbey de Anatolia, y envia á Ferhad-Bajá á las cercanias de Kaicarié para observar al ejército de Chah-Ismaíl, que se habia acercado á las fronteras. En la alegría que le causó la victoria, queria enviar la cabeza de Ghazali al dux de Venecia; pero el arrendador de la república logró persuadirle que aquella singular prenda de amistad agradaria muy poco á los cristianos.

En aquella misma época recibió el sultan la noticia de que habia sido matado el embajador Behram-Tchauch, enviado cerca del rey de Hungría para reclamar un tributo. Inmediatamente toma Suleiman todas las medidas necesarias, y se dispone á vengarse de aquel insulto. Pasa Ahmed-Bajá á Ipsala con quince mil Azabs; ármanse cuarenta galeotas, y envíanse cien cañones al campamento; bien pronto llega á él el mismo sultan, y abre en persona su primera campaña. Apenas se habia puesto en camino Sultan-Suleiman, cuando se le reunió Ferhad-Bajá, quien le traia muchos millares de camellos cargados de municiones de guerra. Los rayas de los sanjacatos de Widdin, de Semendria, de Sofia y de Aladja-Hysar suministraron diez mil cargas de cebada y de harina. Ahmed-Bajá, beilerbey de la Romelia, sitia á Sabacz, Piri Bajá inviste Belgrado, y Muhammed-Mikhal-Oghlou asola la Transilvania, mientras que Omar-

Bey-Oghlou, á la cabeza de una division de ekindjis, marchaba á la descubierta delante del ejército. A pesar de la heroica defensa de la pequeña guarnicion de Sabacz, mandada por el valiente Simon Logodi, sucumbió aquella plaza el 2 chaban (8 de julio). Llegando el sultan á aquella ciudad conquistada, pasa por en medio de una hilera de cabezas de Húngaros que Ahmed-Bajá habia hecho colocar sobre religiosos á lo largo del camino. Permanece Suleiman nueve dias en Sabacz, durante los cuales hizo aumentar las fortificaciones y construir un puente sobre el Save. En este intervalo, sucumbe Selim bajo los esfuerzos del gran visir, y muchas ciudades se entregaron á Bali-Bey. Marcha en seguida el sultan sobre Belgrado, bloqueado un mes hacia. La presencia del soberano cambia el bloqueo en sitio; en fin despues de mas de veinte asaltos, fué tomado aquel baluarte de la Hungría, que habia resistido á todos los esfuerzos de los sultanes que habian precedido á Suleiman; verificóse este acontecimiento el 25 ramazan 927 (29 de agosto de 1521). Al dia siguiente, fué aquel príncipe á la catedral, y la convirtió en mezquita haciendo en ella la oracion del viérnes. Distribuyó en seguida dinero á las tropas, arregló la administracion de la ciudad, proveyó á su defensa colocando en ella doscientos cañones; y despues de haber anunciado oficialmente aquella importante conquista á todos los jueces y gobernadores de su imperio, y al dux de Venecia, volvió á Constantinopla donde fué recibido en triunfo, á las aclamaciones de toda la poblacion que salio á recibir al vencedor.

Mientras que la fortuna parecia sonreír á Sultan-Suleiman, desgracias domésticas emponzoñaban las alegrías del triunfo: en el espacio de diez dias murieron tres de sus hijos, y fueron sepultados cerca del sepulcro de Sultan-Selim I.

De resultados de las brillantes ventajas del sultan, la Rusia, Venecia y Ragusa se apresuraron á enviarle embajadores para felicitarle. El czar de Rusia, Vasili, conociendo toda la

importancia de una alianza con la Puerta, trató de concluir un pacto ofensivo y defensivo entre ambos imperios: pero su enviado, Juan Morosof, no pudo conseguirlo. Mas dichosa fué Venecia: el 1.º muharrém 928 (1.º de diciembre de 1521), se firmó un tratado que aseguraba la libertad del comercio y otras muchas ventajas en favor de aquella república. Venecia, en compensacion de las ventajas que la resultaban de aquel tratado, se obligó á pagar dos tributos anuales por la posesion de las islas de Zante y Chipre. En fin los Ragusanos obtuvieron la exencion de los derechos de peaje en los puertos y plazas marítimas del imperio, y además el permiso de comprar en ellas trigo para sus necesidades.

Despues de haber pasado el invierno en hacer fortificar las fronteras de la Hungría y en crearse una marina, creyó Sultan-Suleiman que las circunstancias eran favorables para una empresa que meditaba hacia ya mucho tiempo, la conquista de Rodas. Halagaba á Suleiman la idea de triunfar en el paraje en que su abuelo Muhammed-el-Fatyh habia visto eclipsarse su estrella de conquistador. A aquel deseo de ilustracion se agregaba el pensamiento enteramente político de asegurarse la navegacion del Mediterraneo, y establecer una comunicacion entre el Egipto y Constantinopla; en fin aquellos motivos estaban reforzados con otros no menos poderosos sobre el espíritu de un musulman: la libertad de los sectarios de Mahoma que jerman en las cadenas de los cristianos, y la seguridad de los peregrinos que iban por mar á Siria para llegar en seguida á la Meca. Jamás quizá habia ofrecido la situacion de la Europa suertes tan favorables para realizar los proyectos del sultan: los dos príncipes mas grandes del Occidente, Francisco I y Carlos Quinto, debilitaban sus fuerzas con sus quejas interminables; el papa Leon X, enemigo natural de los mahometanos, se hallaba empeñado en su lucha contra la herejía, personificada en el fraile Lutero; por último el cetro de la Hungría se hallaba entre las ma-

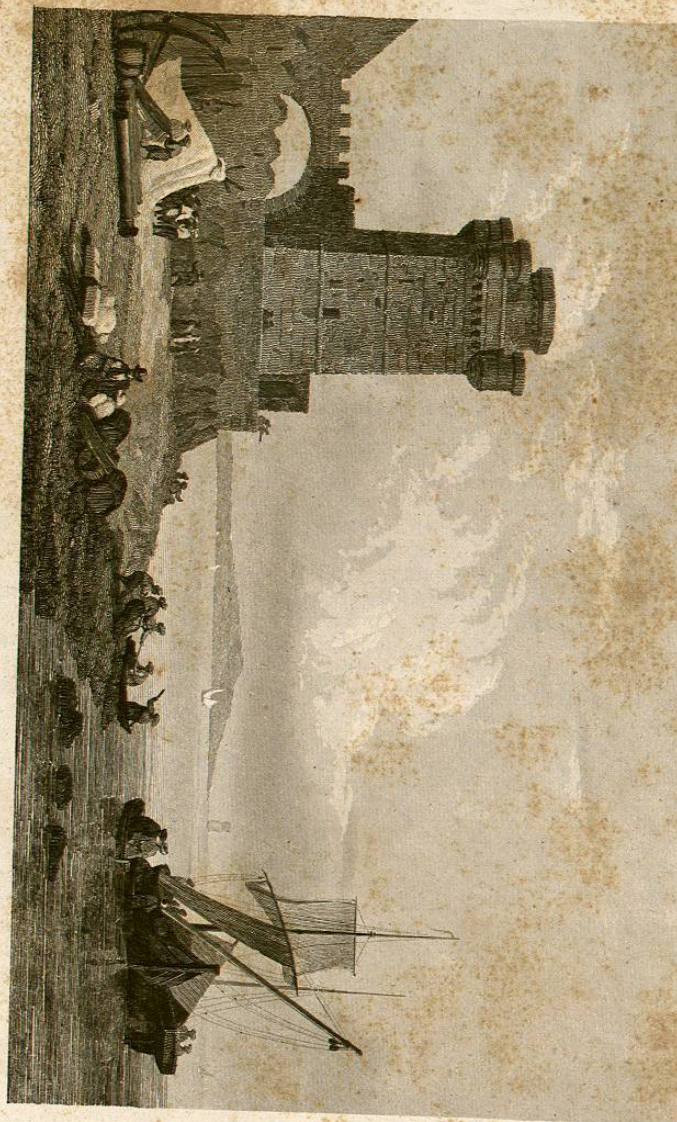
nos de un niño (Luis XII). El sultán no titubeó pues en principiar la ejecución de un proyecto que halagaba su ambición; mas, para conformarse con lo que ordena el Alcoran, envió al gran maestro de Rodas una intimación en la que le juraba por Mahoma, por los ciento y veinte y cuatro mil profetas, y por los cuatro *mashafs* (libros santos) enviados del cielo (*el Pentatéuco, los Salmos, el Evangelio y el Alcoran*), que respetaría la libertad y los bienes de los caballeros, si se entregaban voluntariamente. Cumplida aquella formalidad, púsose en camino Sultán-Suleiman el 21 redjeb 928 (16 de junio de 1522), con un ejército de cien mil hombres; y al otro día, aparejó en Constantinopla una flota de trescientas velas, que llevaba á bordo diez mil soldados, á las órdenes del serasquier Mustafá-Bajá: dicha flota llegó delante de Rodas el día de San Juan, y tardó un mes entero en desembarcar las tropas y el material, mientras llegaba el sultán, que lo verificó efectivamente el 4 ramazan (28 de julio.) El 1.º de agosto se abrió la brecha: todo aquel mes se pasó en los trabajos de minas y contraminas, y en combates parciales, en los que los cristianos tuvieron la ventaja muy á menudo. El 24 de setiembre, recorren los reyes de armas el campamento otomano desde el mediodía hasta la noche, repitiendo en voz alta: «Mañana se dará el asalto; la piedra y el territorio pertenecen al padichah; la sangre y los bienes de los habitantes son propiedad de los vencedores». Al siguiente día principia el ataque al amanecer. Después de una lucha terrible, en la que hasta las mujeres de Rodas desplegaron un valor inaudito, fueron rechazados los Otomanos con una pérdida de quince mil hombres. Mas de dos meses se pasaron en asaltos mortíferos y repetidos, que, al mismo tiempo que preparaban el triunfo de los Otomanos, les causaron pérdidas enormes, que ellos mismos evaluaban por la parte mas corta en cien mil hombres, de los cuales mas de sesenta y cuatro mil perecieron combatiendo, y el resto sucumbieron á las enfer-

medades. El 10 de setiembre, ofreció el sultán á los caballeros una capitulación honrosa; rechazaron la aquellos, y volvieron á principiar con ardor los trabajos del sitio; en fin el 2 safer (21 de diciembre) el gran maestro Villiers de la Isla-Adam, reducido al último estremo, se decidió á rendirse. Concluyóse un tratado, en virtud del cual se obligaba el sultán á hacer retirar su ejército á una milla de Rodas, á respetar las iglesias, y á suministrar á los caballeros navios para evacuar la ciudad en el término de doce días. La indisciplina de los jenízaros impidió á Suleiman cumplir su palabra: forzaron una de las puertas de la ciudad, saquearon muchas casas y profanaron las iglesias. Verificóse la toma de Rodas el día de Navidad, después de un sitio que duró cinco meses, durante el cual dispararon los cristianos *cuatro mil cuatrocientos diez y seis cañonazos*.

Una entrevista entre el sultán y el gran maestro dió ocasion al primero de desplegar los sentimientos elevados que le distinguian. Prodigó al venerable Villiers de la Isla-Adam los consuelos y las palabras mas afectuosas, le hizo revestir de un kaftan de honor, le prometió la libertad; y cuando, algunos días después vino el gran maestro, antes de ausentarse de Rodas, á besar la mano del sultán y á ofrecerle cuatro vasos de oro, enternecido Suleiman dijo á su favorito Ibrahim: «Esperimento un gran pesar dentro de mí mismo al forzar á este cristiano á abandonar en su vejez su casa y sus bienes.»

El sultán, después de haber hecho la oración pública del viérnes en la iglesia de San Juan, se embarcó para Constantinopla donde llegó un mes después. Espidieronse cartas oficiales de victoria á las potencias cristianas. Venecia respondió á ellas con protestas amistosas, y el schah de Persia cumplimentó al mismo tiempo al Gran Señor sobre su advenimiento al trono y sobre la toma de Rodas.

Aquella importante conquista dió un brillo extraordinario á la segunda campaña de Suleiman, y le colocó



Rodas. (Módos)

Rodas.

Rodas.

desde entónces en el rango de los mas grandes guerreros de su época. La resistencia heróica de los caballeros y del gran maestro, cuyas brillantes hazañas repitió la fama por todas partes, sirvió para hacer resaltar mas el triunfo del vencedor. Todas las pequeñas islas vecinas de Rodas, tales como Lesbos, Kos, Simia, etc., arrastradas en su caída, se sometieron al yugo otomano.

En aquella época fué depuesto el gran visir Piri-Bajá: Ahmed-Bajá, que aspiraba á reemplazarle, y cuyas calumnias habian provocado la desgracia de su rival, no gozó del fruto de su intriga. El sultan nombró á la primera dignidad del imperio á su favorito Ibrahim, uno de los principales oficiales de su palacio, que fué promovido al mismo tiempo al grado de beilerbey de la Romelia. Jamás gozó ningun ministro cerca de un monarca otomano del favor inaudito que conservó el nuevo visir sin nublados durante trece años. Ibrahim, hijo de un marinero de Parga, habia sido arrebatado, muy jóven todavía, por unos corsarios otomanos, quienes le vendieron á una viuda de las cercanias de Magnesia. Violinista hábil, de un esterior encantador, de un espíritu vivo y alegre, Ibrahim hacia resaltar aquellos dones naturales por una gran limpieza en sus vestidos y una educacion bien cultivada. Suleiman, antes de suceder á Sultan-Selim, habia encontrado al jóven esclavo; seducido por sus talentos y sus gracias, le admitió en su intimidad, y desde aquel instante, no pudo separarse de su favorito. Luego que subió al trono, le nombró jefe de los pajes y de los falconeros, mas adelante le dió la princesa su hermana en casamiento, le creó serasquier de sus ejércitos, partió con él todo el poderio, y le trató como á un hermano, hasta el momento en que el esclavo, embriagado con su alta fortuna, olvidó los beneficios de su amo y le forzó á sacrificarle, como lo manifestaremos detalladamente á medida que aquellos diversos hechos se vayan presentando en nuestra narracion.

El segundo visir, Ahmed-Bajá,

hombre violento y ambicioso, no pudo soportar el triunfo de Ibrahim, y para no presenciarle por mas tiempo, solicitó y obtuvo el gobierno de Egipto.

Durante el sitio de Rodas, supo el sultan la muerte de Khair-Bai, gobernador del Egipto (el 1.º zilhidjé, 22 de octubre), el mismo que le habia descubierto en el tiempo la traicion de Ghazali. Mustafá-Bajá, sucesor de Khair-Bai, fué reemplazado á su vez por Guzelidjé-Kazim (*el hermoso Kazim*), el cual cedió en fin su gobierno á Ahmed-Bajá. Irritado este último al ver que le habian quitado el gran visiriato, quiso vengarse usurpando la soberanía del Egipto. Poseedor de las inmensas riquezas que habia dejado Khair-Bai, logró romper á los mamelucos, pero no pudo vencer la fidelidad de los jenizaros. Descubrió entónces sus proyectos, sitió la ciudadela del Cairo, penetró en ella con sus tropas por un subterráneo desconocido de los sitiados, y mató por sorpresa la guarnicion. Envanecido Ahmed-Bajá con su buen éxito, tomó el título de sultan, y se abrogó los derechos. Se apoderó de un navío que conducia á Kara-Muza para reemplazarle, y al tchauch, portador del firman que anunciaba la destitucion. Uno y otro fueron condenados á muerte. En fin, Ahmed-Bajá, vendido por su propio visir Muhammed-Bey, huyó á los Arabes Beni-Bakar: entregado por el jeque Karich, fué decapitado, y su cabeza enviada á Constantinopla. Kazim-Bajá fué investido por segunda vez con el gobierno del Egipto, y Muhammed-Bey nombrado intendente jeneral.

Casi por aquella época (redjeb 930, 22 de mayo de 1524) acordó el sultan la mano de su hermana á Ibrahim-Bajá, y celebró el casamiento de su favorito con una pompa extraordinaria. Las fiestas duraron siete dias: el defterdar Mustafá-Tchelebi, desempeñando el empleo de copero mayor, ofreció al sultan un sorbete en una copa hecha de una sola turquesa; danzas, corridas, luchas, tiros de arco, regocijos de toda especie, á los que asistió el sultan, ma-

nifestaron el alto favor de que gozaba Ibrahim cerca de su amo. En medio de los regocijos de aquellas fiestas (el 22 redjeb, 28 de mayo) nació Selim, sucesor de Sultan-Suleiman.

Habian sobrevenido algunas desavenencias entre el gobernador del Egipto y su intendente: Ibrahim-Bajá partió, cuatro meses despues de su casamiento, para restablecer el orden en aquella provincia. Por una distincion de que no se halla un segundo ejemplar en la historia otomana, acompañó el sultan á su gran visir hasta las islas de los Príncipes, y no le dejó hasta despues de haberle hecho la despedida mas tierna. Llegado al Cairo, hizo Ibrahim su entrada en él con una magnificencia digna de un soberano. Componíase su comitiva de quinientos mamelucos, sipahis y jenizaros, vestidos con el mayor lujo. Sus pajes llevaban bonetes y vestidos de telas de oro; los harnesses valian mas de ciento y cincuenta mil ducados, y salian de las caballerizas del Gran Señor. La estancia de Ibrahim en Egipto restableció en él el orden: durante tres meses se ocupó de los medios de mejorar la administracion del pais de administrar justicia á todos. Ibrahim recibió una carta del sultan, en la que le decia que no podía pasarse sin él, y en su consecuencia abandonó el Egipto despues de haber confiado la administracion á Suleiman-Bajá, berlerbey de Siria. A su entrada en Constantinopla salieron á recibirle los visires y los guardias de corps, y le presentaron, de parte del sultan, un soberbio caballo árabe, cuyos arneses solos cubiertos de pedrerías, valian doscientos mil ducados: el poderoso súbdito ofreció en retorno á su soberano un magnifico bonete del mismo precio.

Durante la estancia de Ibrahim-Bajá en Egipto, dió Sultan-Suleiman pruebas de su justicia inflexible con los agentes de su poder. Ferhad-Bajá, á quien sus crueldades y exacciones habian hecho retirar del gobierno de Zulkadriie, cometió en su nuevo sanjacato de Semendria, concusiones é injusticias de tanta gravedad, que el Sultan le condenó á muerte, sin te-

ner miramiento por el parentesco que el casamiento del ministro con la hermana misma del sultan establecia entre el monarca y su súbdito. Casi en la misma época, fué destituido Khurrem-Bajá, gobernador de Siria, y reemplazado por el Kapudan-Bajá Suleiman. Pero, despues de haber tomado aquellas medidas vigorosas, el sultan, á quien ya no estimulaba el activo Ibrahim-Bajá, se aficionó con pasión á la caza, y descuidó los negocios del imperio. Un motin de los jenizaros vino á sacar á Suleiman de su apatía: los palacios de Ibrahim, del defterdar, de Aias-Bajá, el barrio de los Judios y la aduana fueron saqueados por los sediciosos: volvió el sultan á Constantinopla, donde su presencia no bastó para restablecer la calma; en su cólera, mató con su propia mano tres jenizaros, y se vió obligado á retirarse delante de la osadía de sus compañeros, que dirigian ya las flechas contra él. Solo una distribución de mil ducados pudo apaciguar la rebelion. El agá de los jenizaros Mustafá y algunos otros jefes pagaron con su cabeza la sublevacion de sus subordinados. Fué precisamente en aquella época en la que habiendo hecho venir el sultan á su favorito Ibrahim-Bajá que se hallaba en Egipto, pasó todo el invierno en preparativos de guerra: no se supo al principio contra qué potencia se dirijian: Venecia y la Francia estaban en paz con la Puerta. Francisco I habia escrito al sultan, apresurándole para que se apoderase de la Hungría, á fin de llamar por aquel lado la atencion de Carlos Quinto. Aquel último pais y la Persia, ambos á dos vecinos temibles de la Turquía, no habian cesado de hostilizar á este imperio. Chah-Tahmasp, sucesor de Chah-Ismael, habia desdenado anunciar su advenimiento á Sultan-Suleiman; este último, en vez de las felicitaciones de costumbre, escribió al monarca persa una carta llena de amenazas é injurias, en la que le hacia saber que dirigia contra él sus *bridas victoriosas*, y que *auncuando se ocultase en el polvo como una hormiga, ó volase en los aire,*

como un pájaro, él le perseguiria, le alcanzaria, y purgaria el mundo de su ignominiosa presencia. Despues de semejantes amenazas confirmadas además por la matanza de todos los Persas retenidos prisioneros en Gallipoli, parecia inminente la guerra con la Persia; sin embargo no fué hácia aquel imperio donde sultan dirigió sus fuerzas: el 11 redjed 932 (23 de abril de 1526), partió de Constantinopla con un ejército de mas de cien mil hombres y una artillería formidable, que los historiadores orientales hacen subir á trescientos cañones. A aquel presajio casi infalible de victoria, el espíritu supersticioso de los Otomanos añadía otro, no menos animoso para ellos: el 11 redjed era un lunes, día mirado por los musulmanes como muy dichoso, y sobre todo favorable para viajar, por la razon de que Mahoma el profeta, y otros personajes célebres del islamismo principianron en lunes los dos grandes viajes del hombre, la vida y la muerte. Además, el lunes correspondia á la fiesta de *Khyzr*, nombre turco de San Jorge, que preside al nacimiento del verdor en los campos, época en que los sultanes se trasladan á su residencia de verano, y en que los caballos de las caballerizas imperiales son llevados con toda solemnidad á los pastos.

Mientras que el cuerpo principal de ejército se dirijia sobre Belgrado, á las órdenes del sultan, se apoderaba Ibrahim-Bajá de la ciudad de Pertenvardein, despues de un sitio de cuarenta y ocho horas, y forzaba la ciudadela al cabo de doce dias. Casi al mismo tiempo, entregaban los beyes bosniacos todas las fortalezas de Esmirna. En seguida costea el ejército las orillas del Danubio, sitia á Illok, que se entraga al séptimo día, y continuando su marcha, pasa el Drave sobre un puente volante, saquea y quema á Essek, y llega por último á la llanura de Mohacz, cerca de la aldea de este nombre. Allí determina Sultan-Suleiman el plan de la batalla, de acuerdo con Ibrahim Bajá; mas antes de principiarla, levanta las manos al cielo, y esclama:

«¡Oh, Allah! ; en tus manos están la fuerza y el poder! ; en ti la ayuda y la proteccion! ¡socorre al pueblo de Mahoma!» Esta oracion hace pasar en todas las filas un entusiasmo relijioso: arrójanse los Húngaros en aquel momento con furia y desbarantan la primera línea de los Otomanos; mas dos cuerpos de ekindjis, que habian rodeado al enemigo, caen sobre él al mismo tiempo, y, por medio de aquel doble ataque, le hacen perder la ventaja que habia alcanzado. Un segundo cuerpo del ejército húngaro, mandado por el rey Luis en persona, disputa todavía acaloradamente la victoria á los musulmanes: treinta y cinco caballeros penetran hasta el puesto que ocupaba el sultan, y matan muchas de sus guardias; el mismo Suleiman corre el mayor peligro de caer prisionero ó de perder la vida. Las flechas, las lanzas se embotan en su coraza. En aquel peligro inminente descúbrese repentinamente la artillería, que habia reservado el sultan para el último apuro; una descarga casi á quema ropa causa el mas espantoso desorden entre los cristianos: los que escaparon de las balas huyeron en todas direcciones. El rey Luis se ahogó con una parte de los suyos en los vastos pantanos que se estienden por debajo de la aldea de Mohacz. Aquella sangrienta batalla no habia durado dos horas: ella sola decidió la suerte de la Hungría. Veinte y cinco mil cadáveres quedaron sobre el campo de batalla, y dos mil cabezas fueron levantadas en pirámides delante de la tienda imperial. Despues de haber quemado la aldea de Mohacz y matado todos los prisioneros, á escepcion de las mujeres, partió el ejército para Buda, donde llegó el 3 zilbidjé 933 (10 de setiembre de 1526). Una diputacion de los habitantes habia ido hasta Foldwar para ofrecer al sultan las llaves de la ciudad; Suleiman satisfecho de su sumision, dió orden para que se respetasen su vida y bienes; pasó en seguida dos dias en visitar la capital de la Hungría, hizo echar un puente sobre el Danubio, y partió para Pesth, donde recibió los home-